

**LA FORMULA DE LA JUSTA REMUNERACION  
EN RERUM NOVARUM Y EN LA ECONOMIA  
DE ADAM SMITH (\*)**

POR

MIGUEL PORADOWSKI

El tema principal de la encíclica *Rerum novarum* es la «cuestión obrera». Esta «cuestión obrera», en los tiempos de la *Rerum novarum* se presenta como la cuestión del proletariado obrero industrial.

Hay que recordar, al respecto, que la primera generación de este proletariado se compone principalmente de los ex-artesanos (propietarios) y de los ex-campesinos (propietarios) que emigran a las ciudades donde se instala la industria. Por otra parte, también hay que insistir que el término «proletariado» (que viene de la palabra latina «prole» = niño, hijo), tanto en la antigüedad, como en la época industrial significa, ante todo, el status social de los que —fuera de sus niños— no tienen ninguna propiedad y, si se trata del proletariado de la primera época industrial, también significa que los niños caracterizan este grupo obrero, no solamente porque estas familias obreras tienen muchos niños, sin también porque estos niños trabajan y trabajan duro, también son obreros, especialmente en las minas y con su trabajo contribuyen a mantener a la familia, incluso, a veces, cuando sus padres están cesantes, son los niños quienes mantienen a toda la familia.

---

(\*) Ponencia al Congreso sobre «La Doctrina Social de la Iglesia y la realidad contemporánea», Universidad de Mendoza, Argentina, 5-7 de octubre de 1981.

Nada pues de extraño que, si el status de proletario es la característica básica de la clase obrera industrial del siglo XIX, también las exigencias de la justicia se refieren principalmente a este aspecto. En otras palabras: la justicia exige que se solucione el problema del estado proletario de los trabajadores, es decir, que los trabajadores dejen de ser proletarios y vuelvan a ser propietarios. De ahí la justificación de la doctrina de la *Rerum novarum* sobre la justa remuneración: el salario vital, familiar y que permita el ahorro. Este salario tiene que ser «vital», pues se trata del trabajador asalariado, es decir, del obrero que vive exclusivamente de su salario, no teniendo ningunas otras entradas fuera de su salario (1) y «vital» significa que alcance a cubrir todos los gastos de vida del trabajador (la comida, la vivienda, la vestimenta, la movilización, etc.). Además, debería ser

---

(1) Recordemos que el trabajador, en las «manufacturas», antes de la Revolución francesa, en Francia, fue un pequeño campesino que trabajaba en la industria textil sólo en sus horas de ocio, tratando este trabajo no agrícola más bien como diversión: trabajaba en los días que quería y la cantidad de horas que quería; además vivía en su propiedad campesina, pues las «manufacturas» textiles se colocaban en el campo, muy a menudo al aire libre, es decir, que este trabajador no fue asalariado, pues fuera de lo ganado en la «manufactura» tenía otras entradas, que venían de su trabajo en agricultura.

Su vida fue muy alegre, lo que reflejan las canciones campesinas de la época, como la siguiente:

Dans une salle large et longue.  
Il y avait deux cents métiers puissants  
Deux cents hommes, c'est la vérité,  
Tissant à ces métiers tous alignés.

Près de chacun un gentil garçon,  
Assis, à faire des canettes; s'amusait bien.  
Et ailleurs, tout à coté,  
Cent femmes, joyeusement,  
Cardant dur, l'humeur gaie,  
Chantant, aissises, à claire voix.

Jürgen Kuczynski: *Les origines de la classe ouvrière*, París, 1967, página 7.

«familiar» lo que significa que la justicia social exige para el obrero asalariado una remuneración que le permita mantener su familia, para que ni su esposa, ni sus niños, sean forzados a trabajar fuera del hogar, por razones de absoluta necesidad de mantener la familia. Esta característica de «familiar» permitía la solución del problema de trabajo de los niños, especialmente de los pequeños, es decir, de uno de los aspectos del proletariado (el trabajo de la prole). La tercera exigencia —es decir, que esta remuneración también permita la capacidad económica del trabajador a hacer ahorros— se presenta como solución básica del problema proletario, pues con estos ahorros el trabajador podría llegar a tener propiedad (su propia vivienda, sus propiedades como muebles, artefactos y pequeños capitales en Cajas de Ahorro) y por este camino, con su propio trabajo y esfuerzo, salir de su situación de proletario y transformarse en el propietario e integrarse completamente social y culturalmente en la sociedad.

Esta doctrina sobre la justa remuneración del trabajo de los asalariados, presentada en la encíclica *Rerum novarum* al final del siglo XIX, no es ninguna novedad, pues la Doctrina social de la Iglesia, representada en los escritos de los eximios pensadores y luchadores sociales cristianos de la primera mitad del siglo XIX, la formuló y la presentó públicamente e, incluso, especialmente si se trata de Alemania, en forma de los concretos proyectos legislativos.

Al lado de los famosos representantes del pensamiento social cristiano como Lacordaire y Ozanam en Francia, ante todo conviene recordar a Guillermo Ketteler, obispo de Maguncia, quien mucho antes del *Manifiesto comunista* de Karl Marx, presenta su pensamiento en las homilias, conferencias (especialmente con ocasión de los *Katholikentage*) y proyectos legislativos. En realidad la *Rerum novarum* acoge y hace suya la doctrina de Ketteler sobre la justa remuneración del trabajo de los asalariados, es decir, el salario vital, familiar y que permita el ahorro.

Hay que reconocer que si se trata del concepto del «salario vital» de la Doctrina social de la Iglesia, representada por el pensamiento de Ketteler, no es la única que lo exige en la pri-

mera mitad del siglo XIX, pues en la misma época y, parece, en forma completamente independiente de la iniciativa de Ketteler, lo formula en Inglaterra Robert Owen y en Francia varios economistas llamándolo *le salaire naturel* (el salario natural), sin embargo, ninguno de ellos menciona el tercer aspecto del salario justo de Ketteler, a saber, que permita los ahorros, y el hecho que no lo mencionan no tiene nada de extraordinario pues ni los socialistas ni los liberales se preocupaban por el carácter proletario de la clase obrera y si se trata de los socialistas pretendían que todos sean proletarios, pues abogaban por la supresión de la propiedad privada.

Ahora bien, nos interesa recordar que esta doctrina sobre la justa remuneración del trabajo asalariado (el salario vital, familiar y que permita el ahorro) lanzada por Ketteler y acogida por la encíclica *Rerum novarum*, furiosamente combatida por muchos economistas y empresarios de la época, es también la exigencia de la «economía clasista», representada por su fundador indiscutible, Adam Smith. En efecto, en su famosa obra *The Wealth of Nations* (el título original es mucho más largo) del año 1776, el fundador de la economía moderna de la época industrial, dedica varias páginas al problema de la adecuada remuneración del trabajador, exponiendo su doctrina sobre el salario vital, familiar y que permita el ahorro. Los textos correspondientes de Adam Smith, al respecto, son los siguientes: «El hombre siempre tiene que vivir de su trabajo y sus remuneraciones tienen que ser, al menos, suficientes para mantenerlo. En la mayoría de los casos, tienen que ser incluso algo mayores, pues de lo contrario sería imposible para él mantener a su familia y esta categoría de trabajadores no podría sobrepasar a la primera generación» (2).

---

(2) «A man must always live by his work, and his wages must at least be sufficient to maintain him. They must even upon most occasions be somewhat more; otherwise it would be impossible for him to bring up a family, and the race of such workmen could not last beyond the first generation», *The Wealth of Nations*, Penguin Books, London, 1977, pág. 170.

«Al menos parece ser seguro que —para poder mantener a la familia— el marido y su esposa, juntos, incluso en las más bajas categorías del trabajo, tienen que ser capaces de ganar con su trabajo algo más de lo necesario para su propio sustento» (3).

Adam Smith, incluso, calcula cuál debería ser el monto del salario familiar, citando al respecto las opiniones del señor Cantillon: «A base de estos cálculos, el señor Cantillon parece suponer que las más bajas categorías de obreros deberían, en todas partes, ganar al menos el doble de su propio sustento para poder, juntos, mantener dos niños» (4). De eso se ve que, según Adam Smith, la asignación familiar debería ser igual al mismo salario vital.

También Adam Smith sostiene que el obrero mejor pagado trabaja mejor: «La buena alimentación aumenta las fuerzas del cuerpo del trabajador y la confortable esperanza del mejoramiento de las condiciones de vida, y de terminar sus días probablemente en la comodidad y abundancia lo estimula para esforzarse a lo máximo. Cuando los salarios están altos, encontramos que los trabajadores son más activos, diligentes y eficaces que cuando los salarios están bajos: por ejemplo, en Inglaterra que en Escocia, en la vecindad de las ciudades que en los lugares apartados del campo. Sin embargo, algunos obreros cuando pueden en cuatro días ganar lo necesario para su sustento durante toda la semana, se quedan ociosos los restantes tres días; pero eso es más bien una excepción. Al contrario, los trabajadores que están bien pagados por pieza, están dispuestos a trabajar demasiado y a arruinar su salud en pocos años» (5).

(3) «Thus far at least seems certain, that, in order to bring up a family, the labour of the husband and wife together must, even in the lowest species of Common labour, be able to earn something more than what is precisely necessary for their own maintenance», *ibid.*, pág. 171.

(4) «Mr. Cantillon seems, upon this account, to suppose that the lowest species of common labourers must everywhere earn at least double their own maintenance, in order that one with another they be enabled to bring up two children», *ibid.*, pág. 170.

(5) «A plentiful subsistence increases the bodily strength of labourer, and the comfortable hope of bettering his condition, and of ending his

La fórmula de Adam Smith es casi idéntica a la de Ketteler, pero las motivaciones en ambos casos son distintas. En los tiempos de Adam Smith todavía no existía el proletariado industrial y, entonces, las motivaciones de su fórmula de la remuneración no podían tener a la vista la solución de la desproletarización de la clase obrera y, sin embargo, Adam Smith insiste en una remuneración que permita el ahorro. También insiste en el carácter familiar del salario obrero, a pesar que en sus tiempos raras veces las esposas y los niños de los obreros tenían que trabajar para ayudar a mantener el hogar. Adam Smith, sencillamente, considera el salario vital, familiar y que permita el ahorro como un salario exigido por la ética y por la economía. Por la ética, pues sería faltar a la justicia pagando al obrero menos; por la economía, pues el obrero mejor remunerado trabaja mejor.

Así, las motivaciones de Adam Smith son, por una parte, morales, es decir, para satisfacer las exigencias de la ética (la justicia) y por otra parte económicas, es decir, para satisfacer las exigencias de la eficiencia productiva. Estas motivaciones son distintas de las de la Doctrina social de la Iglesia, representada por el pensamiento de Ketteler primero y por la encíclica *Rerum novarum* después. Los tiempos de Ketteler y de la *Rerum novarum* son otros, pues ya existe el doloroso fenómeno social del proletariado. Para Ketteler y para la *Rerum novarum* el problema del salario de los proletariados ya no es solamente de la misma remuneración sino también de la desproletarización de la clase obrera; se trata de devolver a los trabajadores su calidad de propietarios y de liberar a la familia obrera de la calamidad del

---

days perhaps in ease and plenty, animates him to exert that strength to the utmost. Where wages are high, accordingly, we shall always find the workmen more active, diligent, and expeditious than where they are low: in England, for exemple, than in Scotland; in the neighbourhood of great towns than in remote country places. Some workmen, indeed, when they can earn in four days what will maintain them through the week, will be idle the other three. This, however, on the contrary, when they are liberally paid by the picce, are very apt to over-work themselves, and to ruin their health and constitution in a few years», *ibid.*, pág. 184.

trabajo de la esposa-madre y de sus niños pequeños. Adam Smith vive en vísperas de la revolución industrial, la prevé con todo optimismo y si su doctrina sobre la remuneración del trabajador estuviera plenamente aplicada, tal vez los obreros industriales nunca llegarían a ser proletarios. Para elaborar su teoría de la remuneración, Adam Smith analiza los aspectos psicológicos del trabajo y del papel de la remuneración en la psicología del obrero, insistiendo que la eficacia del trabajo depende de la remuneración en el sentido de «mejor remunerado mejor trabaja» y, en consecuencia, la mejor remuneración contribuye al aumento de la riqueza del país.

Es poco probable que el obispo Ketteler conociera la fórmula de Adam Smith; parece más probable que llegó a elaborar su doctrina sólo por el análisis de las exigencias del derecho natural. Como ambos parten de premisas parecidas, no hay nada de extraño que también ambos lleguen a conclusiones parecidas.

Lo curioso es que la fórmula de Adam Smith parece que no provocó críticas ni de parte de los economistas, ni de parte de los empresarios, mientras que la fórmula de Ketteler fue duramente criticada y, más todavía, fue atacada, siendo acogida por la *Rerum novarum*, y tomó carácter de la enseñanza oficial de la Iglesia. Tal vez, algo podría contribuir a estos ataques la gran divulgación de la opinión de David Ricardo, quien casi cincuenta años después de la publicación del libro de Adam Smith, lanzó un lema completamente opuesto al del autor de la *Riqueza de las Naciones*, sosteniendo que «el obrero peor pagado mejor trabaja» (6). En realidad esta observación psicológica, no menos acertada que la anterior, Ricardo la toma de Adam Smith, pues también se encuentra en el libro *The Wealth of Nations*. Pero Adam Smith de esta observación no hace una regla, no menos un consejo práctico para los empresarios; al contrario, consta-

---

(6) El libro de David Ricardo, *Principles of Political Economy and Taxation*, aparece en 1817, pero sólo en la mitad del siglo XIX está de moda y tiene enorme influencia, como exposición del liberalismo económico extremo.

tando el hecho, que sólo ocurre en algunos casos, insiste que, a la larga, el trabajador bien pagado y, gracias a esta buena remuneración, contento, satisfecho, se encuentra en las mejores condiciones físicas y síquicas y, entonces, es un factor más eficiente en el proceso de la producción y del desarrollo económico del país.

Desgraciadamente, ni la fórmula de Adam Smith (a pesar de su enorme autoridad), ni la del obispo Ketteler tenían mucha influencia práctica, mientras que la doctrina de la *Rerum novarum* cambió muy eficientemente la situación de los asalariados, quizás porque la autoridad del Papa y de la enseñanza oficial de la Iglesia fue más grande que la de un solo obispo, pero parece que su éxito se debía, ante todo, porque la misma situación social-económica fue muy diferente. En los tiempos de Ketteler, es decir, en la mitad del siglo XIX, el proletariado es todavía un fenómeno marginal, mientras que al final del siglo XIX se hace típico, llamando la atención de todos y reclamando urgentemente una solución.

Huelga decir que la doctrina de la *Rerum novarum* sobre la justa remuneración no solamente mejoró la situación de los obreros asalariados y desproletarizó a la clase obrera, sino que también fue providencial para la misma economía nacional.

Al respecto conviene recordar que en el siglo XIX, la creciente economía industrial europea, que tan rápidamente saturaba el mercado local e incluso nacional, podría seguir produciendo e incluso aumentando y acelerando su producción solamente gracias a la gran posibilidad de exportar sus productos a otros países, fuera de Europa, donde todavía no aparecía el proceso de la industrialización. El mercado local se extendió primero a todo el país, transformándose en el mercado nacional y, después, se extendió fuera del país, transformándose en el mercado mundial. Pero ya en el comienzo del siglo XIX, también los países fuera de Europa se industrializan y dejan de ser mercados unilaterales para la economía europea; no quedaba, pues, otra solución para la economía europea que ampliar el mercado interior, aumentando el poder de compra de las grandes masas por



la mejor remuneración de los trabajadores. Son los empresarios norteamericanos los primeros que comprenden este fenómeno y, en el interés propio, es decir, de la misma economía, empiezan a mejorar las remuneraciones de los trabajadores, dando razón a las enseñanzas de la encíclica *Rerum novarum*, exigencias planteadas al final del siglo XIX por León XIII, no por las motivaciones del interés de la economía, sino por las motivaciones morales de la justicia social.

Así tenemos un ejemplo concreto que confirma la verdad de la enseñanza de Cristo: «buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás lo recibiréis por añadidura». El oportuno cumplimiento con la justicia permitió evitar la catástrofe económica mundial (7).

---

(7) Casi todos los economistas del siglo XVIII y del siglo XIX, de la escuela liberal, están de acuerdo que el salario del obrero no puede ser fijado exclusivamente por el libre juego del precio del mercado de trabajo, sino que debería aceptarse previamente un salario mínimo y que el precio del mercado de trabajo sólo puede ser tomado en cuenta para aumentar el salario mínimo. Respecto a la fijación de este salario mínimo hay distintas opiniones, pero casi todos los autores están de acuerdo que este salario mínimo es lo mismo que el «salario vital». En la fijación del salario mínimo el que más generoso se muestra es Adam Smith con su fórmula del salario vital familiar, y que permite el ahorro. Su contemporáneo, Ana Roberto Jacobo Turgot (1727-1781), ministro de Luis XVI, fisiócrata, por el salario mínimo consideraba sólo «le salaire de l'ouvrier... nécessaire pour lui procurer sa subsistance (*Oeuvres*, París, Alcan, 1914, t. II, pág. 537). David Ricardo (1772-1823) otorgaba un poquito más, pues lo «nécessaire pour subvenir aux frais de l'existence et de la reproduction de l'ouvrier» (*Oeuvres complètes*, París, 1882, citado por Zaniewski, *L'origine du prolétariat romain et contemporain*, París, 1957, pág. 314). Este salario mínimo o vital, Ricardo llama «salario natural», a propósito del cual escribe: «Le travail, ainsi que toutes choses que l'on peut acheter ou vendre, et dont la quantité peut augmenter ou diminuer, à un prix naturel et un prix courant. Le prix naturel du travail est celui qui fournit aux ouvriers en général, les moyens de subsister et de perpétuer leur espèce, sans accroissement ni diminution... Le prix naturel du travail dépend donc du prix des subsistances et de celui des chose nécessaire ou util, à l'entretien de l'ouvrier et de sa famille», *ibid.*, pág. 59 (Zaniewski, *o. c.*, página 314).